CYRUS C. DECOSTER

VALERA Y PORTUGAL

En noviembre de 1849 llegaba a Madrid, de regreso de Nápoles, don Juan Valera, que había estado destinado como «agregado sin sueldo» en aquella ciudad a las órdenes del duque de Rivas. En la corte española se pasó seis meses vacilando ante las carreras que se abrían ante él: letras, política o diplomacia. Otro nombramiento —agregado de número con sueldo— en Lisboa le sacó de su inactividad y el 25 de agosto del año siguiente partió de Cádiz en un paquebote británico que le dejó en la capital portuguesa dos días después[1]. Aunque no tan hermosa como Nápoles, Lisboa, tendida pintorescamente a orillas del Tajo, llena de colinas coronadas por palacios y jardines, dejó una duradera impresión en Valera, pues casi medio siglo después la convirtió en escenario de la primera parte de su novela histórica *Morsamor*.

Las obligaciones oficiales de Valera en esta ciudad no eran agotadoras: de cuando en cuando algún oficio y horas de despacho de once a dos, dedicadas principalmente a expedir pasaportes a alguno de los 16.000 gallegos que, según él, vivían en Lisboa. Las únicas complicaciones que hubo durante su estancia fueron las negociaciones en torno a la revisión del tratado de

[1] La primera parte de este estudio está basada, en parte, en varias cartas inéditas de Valera escritas desde Lisboa a varios miembros de su familia en los años 1950 a 1951, y que se encuentran en poder de sus nietos don Luis y doña Dolores Serrat. Les estoy muy agradecido por su generosidad al permitirme examinarlas, al igual que las otras cartas no publicadas a que me refiero más adelante.

libre navegación en el Duero, pues el Gobierno español trataba de conseguir una reducción de los excesivos derechos de tránsito impuestos a los frutos procedentes de las colonias. Las negociaciones progresaron poco y no fueron coronadas por el éxito.

A Valera le sobraba tiempo para ocupaciones más interesantes, lo mismo de carácter social que intelectual. A su llegada a Lisboa el cargo de ministro estaba vacante, pero posteriormente fue nombrado para él su tío Antonio Alcalá Galiano, con el cual, naturalmente, se llevó muy bien. Sus compañeros Andrade, Vera y Figuera eran de trato agradable, si no estimulante, y pronto le hicieron entrar en contacto con la sociedad lisboeta, de suerte que al poco tiempo se vio arrastrado por una sucesión de bailes, tertulias y excursiones alternadas con frecuentes visitas a la ópera y al teatro.

Las repetidas afirmaciones de Valera de que interesaba poco la vida social de Lisboa, de que las mujeres eran poco agraciadas y mal vestidas y de que los portugueses, en general, eran aburridos, parecen exageradas. Hombre de temperamento gregario, por lo regular disfrutaba de la compañía del prójimo, y teniendo veintiséis años, siendo de buen porte, alto y excelente conversador, gozaba de favor entre el bello sexo y sentía debilidad por él. Su correspondencia familiar apenas alude a sus lances amorosos, pero la vida que llevó en Lisboa debió de ser poco aburrida. Empezó por cortejar a una señora casada, cuyo marido era tan celoso que Valera tuvo que desistir de su trato para evitar un escándalo. La amante de su compañero Figuera, cuyo marido estaba en Brasil, era hermosa y propicia, pero también aquí hubo de frenar sus atenciones por consideración a su amigo. Probablemente, Valera no tomó verdaderamente en serio estas aventuras, pues al referirse a estas mujeres las sitúa en «la sociedad de segundo orden». En sus cartas a Estébanez Calderón debió de ser más explícito, pues *El Solitario* le pregunta una y otra vez acerca de sus asuntos amorosos. La única carta conocida de las dirigidas a éste refiere un incidente jocoso: «... Mis historias con la ninfa gaditana duraron poco y no tuvieron nada de divertidas. Las que con ella tuvo Vera sí que lo fueron, y se me figura que ya se las conté a usted muy por menor. El desenlace fue que Vera andaba enfermo, y, atribuyéndolo a Antoñita, se encaraba con su Divina Majestad y le decía: "Señor, ¿es posible que hayáis puesto tanto veneno en un vaso tan hermoso? Señor, ¿esto es para probar-

me o para castigarme?"...»[2]. Tal vez pensara en esta Antoñita como prototipo de Rafaela, la protagonista de su novela *Genio y figura...* (1897). Los únicos amores serios de Valera fueron con Julia Pacheco, bella hija de una noble y acomodada familia extremeña. Aunque se refiere jocosamente a ella con el sobrenombre de «la jorobada», a causa de su triste figura, se sintió atraído por su belleza y encanto personal. La posición social de la familia hacía de Julia un buen partido y la dote le hubiera permitido asegurar su posición económica. Después de mucho meditar, cuando partió de Lisboa seguía sin haberse comprometido y no rompió sus relaciones con la joven hasta que volvió a Lisboa años después.

Hastiado de sus ocupaciones y algo indiferente a la vida social (al menos ésta es la impresión que nos da), Valera encontró solaz en la lectura y en el estudio. La estancia en Nápoles, el contacto con lo italiano y con las reliquias de la civilización romana, así como su amistad con el duque de Rivas, Estébanez Calderón y la marquesa de Bedmar, habían actuado como acicate intelectual, y aunque Portugal no podía ofrecer tanto, poseía, sin embargo, un pasado glorioso y una literatura abundante, que despertaba la curiosidad del joven español. Al llegar a Lisboa su conocimiento del portugués era escaso. Según él, en las primeras tertulias a que asistió hablaba en español; las muchachas le contestaban en portugués, y se entendían bien de esta forma, pero él se puso a aprender esta lengua inmediatamente. Su similitud con el español le resultó un obstáculo más que una ayuda, pero adquirió, a pesar de todo, un conocimiento aceptable de ella.

Valera se dedicó a comprar libros para sí mismo y también para Estébanez Calderón y para el amigo de este último, el orientalista holandés Reinhart Dozy. Conoció a varios escritores, entre ellos a Latino Coelho, Lopes de Mendonça y Garrett, aunque, desgraciadamente, no tiene mucho que decir de ellos. Respecto al último hace un comentario gracioso: «Este señor va muy acicalado siempre, y parecería un Adonis si no tuviera peluca, la cara llena de arrugas y los dientes postizos»[3].

---

[2] Carta a don Serafín Estébanez Calderón, del 4 de agosto de 1853. Juan Valera, *Obras completas* (ed. Alemana y Ocaña), XLVII, 203-204. Unas treinta cartas de Estébanez Calderón a Valera, fechadas en los años 1851 al 1859, se encuentran en poder de don Luis Serrat.

[3] Carta a su madre desde Lisboa el 12 de octubre de 1850, *Obras completas,* XLVII, 117.

Durante una década, Valera había escrito poesía; en Lisboa tenía la esperanza de hacerse un nombre como escritor: «Yo, a pesar de todo, me fastidiaría en Lisboa, si no tuviera libros que leer. Días enteros me paso fumando y leyendo. Tengo la cabeza llena de economía política, filosofía, socialismo, literatura, etc. Dios quiera poner orden en todas estas cosas, y darme una idea fija y *pivotal* en torno de la cual giren y a la que tiendan como a su centro y fin. Puede que entonces sea yo capaz de hacer o de escribir algo bueno»[4]. Habla de escribir la historia de la Casa de Austria, proyecto que lleva madurando durante cuatro años; pero si llegó a escribir algo en prosa durante este tiempo no se ha conservado. Su producción total consistió en cuatro poemas originales y una traducción de *El ángel y la princesa,* de Garrett. Su vocación como escritor había de llegarle años más tarde.

Valera no estaba contento en Lisboa, donde no había nada que le compensara de la monotonía de su trabajo. Su familia tenía dificultades económicas, y él quería emanciparse económicamente para no tener que depender de ellos. Sus únicos gastos extraordinarios eran el tabaco y los libros, y, a pesar de todo, no era capaz de ahorrar nada. Con toda su ambición no se había decidido aún acerca de lo que iba a hacer. La política le atraía, había sido ya diputado por Málaga en 1850 sin éxito y andaba acariciando la idea de volver a presentarse. Aunque le gustaba la literatura, temía no ser capaz de sobreponerse a su indolencia, y, además, los escritores no estaban muy bien considerados en España. Incluso pensó en preparar cátedra de universidad. La diplomacia le ofrecía más seguridades, pero era una carrera muy poco incitante: «... En mi carrera... no se necesita más que saber componerse y estirarse, requebrar a las damas y pavonearse en los salones. Esta ciencia me la sé de coro»[5]. Cuando al final se decidió a continuar en el campo de la diplomacia, insistió, en cambio, en dejar Lisboa. Le hubiera gustado ser trasladado a París, pero se convenció de que no podía aspirar a un puesto tan disputado, y se decidió por el de segundo secretario en Río de Janeiro, que todo el mundo procuraba evitar a causa de la malaria. En septiembre de 1851, después de haber estado en Lisboa

---

[4] Carta a su madre desde Lisboa el 25 de diciembre de 1850, *Obras completas,* XLVII, 123.

[5] Carta a su madre desde Lisboa el 14 de febrero de 1851, *Obras completas,* XLVII, 132.

poco más de un año, volvió a Andalucía a visitar a su familia antes de embarcar para Brasil.

A mediados del siglo pasado se desarrolló en España y Portugal un movimiento de gran importancia encaminado a unir la península ibérica. Estébanez Calderón fue quizá el primero que logró interesar a Valera en él. Mientras estaba en Lisboa proyectó, juntamente con Latino Coelho, un diario bilingüe que habría de llamarse la «Revista Ibérica» y serviría para fomentar las relaciones culturales entre las dos naciones; pero esto no pasó de ser un proyecto. En 1855, al volver a Madrid después de un corto viaje oficial como ministro en Dresde, Valera fundó, junto con Carlos José Caldeira y Sinibaldo de Mas, la «Revista Peninsular» inspirada, lo mismo que la «Revista Ibérica», en la mejor tradición de iberismo. Se publicó en Lisboa, y sus artículos, escritos en español, portugués y, de cuando en cuando, en francés, se ocupaban principalmente de temas literarios, aunque también los había históricos, económicos y geográficos. Entre sus colaboradores se encontraban algunos de los escritores más importantes de la península: Herculano, Latino Coelho, Lopes de Mendonça, Ferrer de Couto, Maldonado Macanaz, la Avellaneda, Martínez de la Rosa, García de Quevedo, Campoamor, Antonio Alcalá Galiano y Amador de los Ríos. Valera entregó a este periódico colaboraciones en poesía, varios de sus primeros ensayos sobre crítica literaria y cuatro «revistas de Madrid» durante sus dos años de existencia.

En 1860-1861 publicó una serie de siete artículos conciliatorios en «El Contemporáneo», en respuesta al inoportuno suelto de Pío Gullón titulado *La fusión ibérica.* Gullón había herido el orgullo de los portugueses menospreciando su historia, su literatura y su actual situación económica y afirmando que solamente la unión con España podría salvar a la nación. El ensayo de Valera fue un modelo de tacto, buen sentido y dotes de estadista, que consiguió aplacar los ánimos de los portugueses al probar que eran falsas las acusaciones de Gullón. Describió con gran fogosidad la literatura de Portugal y, sobre todo, Camoens, su pasado heroico; y citó datos encaminados a probar que su situación económica no era peor que la de España. Estaba de acuerdo con Gullón en que la península formaba un todo geográfico y que ambas naciones estaban unidas por lazos de religión, raza y costumbre. Que, aunque Portugal independientemente pudiera alcanzar de nuevo la prosperidad, nunca llegaría a ser una gran potencia a no ser que se uniera con España. Sin embargo, por

muy deseada que fuera esta unión, Valera se daba cuenta perfecta de las dificultades que ello traería consigo. Durante los siglos en que las dos naciones habían sido independientes, las diferencias entre ellas se habían acentuado, y resultaba prematuro hablar de unión por el momento. Pero lo que podía, y debía hacerse, era fomentar las relaciones culturales y económicas entre las dos naciones, como había intentado hacer la «Revista Peninsular». Más tarde, cuando las incomprensiones mutuas se hubieran suavizado, podría tratarse de una unión con ciertas posibilidades de éxito.

Durante las dos décadas siguientes, Valera, absorbido primero por sus deberes de periodista y crítico y luego por sus novelas, tuvo poco tiempo para ocuparse de Portugal. Escribió solamente dos artículos que trataban de la literatura portuguesa, un discurso leído en la Academia en 1872 sobre *Las cantigas del Rey Sabio* y una reseña publicada cinco años después en *La Academia* de «Il Cancioniere Portoghese della biblioteca vaticana meso a stampa da Ernesto Monaci»[6]. En general, Valera, que poseía solamente un conocimiento muy superficial de la literatura de la Edad Media, se mostraba inclinado a juzgarla con demasiada severidad, y sus disquisiciones sobre las cantigas pecan de precipitadas. Se encuentran, sin embargo, referencias aisladas a *Os Lusiadas* que muestran la gran estima en que él tenía a Camoens, casi un igual de Cervantes, Dante y Shakespeare. La épica moderna, según Valera, no se acerca más a Homero «porque no coincidió el momento de inspiración con la acabada formación de un idioma. Cuando llegó la perfección del lenguaje, la llama inspiradora se había extinguido ya...». Pero *Os Lusiadas* contenía una mayor cantidad del auténtico espíritu épico que las obras de Tasso o Ariosto, porque «el ser heroico de los portugueses alcanzó a coexistir con la elegancia del lenguaje». Camoens constituyó el mayor impedimento para la unificación de las dos naciones: «Camoens, escribiendo *Os Lusiadas* levantó el mayor obstáculo a la unión de su pueblo con España, porque magnificó el lenguaje y santificó el signo característico de independencia de la nacionalidad portuguesa»[7].

Durante la mayor parte de los años que van de 1870 a 1880 se dedicó Valera a escribir la primera serie de sus novelas, que resultaron un éxito de crítica, más que financiero. Abrumado por

---

[6] Impresa de nuevo en las *Obras completas,* I, 217-265, y XXIV, 155-168.
[7] *Obras completas,* I, 24, 123, 327; XXI, 9-10, 65-66.

el peso de una mujer despilfarradora y una familia que crecía en número. Valera volvió a la vida pública, en un esfuerzo para resolver sus problemas económicos, y fue nombrado ministro en Portugal. Después de una ausencia de casi treinta años llegó a Lisboa a fines de marzo de 1881. Se sintió muy halagado, naturalmente, por la acogida que se le dispensó como ministro plenipotenciario y, al mismo tiempo, como uno de los hombres de letras más distinguidos de España. Sus novelas eran ya conocidas en Portugal, pues *Pepita Jiménez* había sido traducida ya en 1875. En cartas a su mujer, que no se reunió con él hasta casi un mes después, le aseguraba que le gustaría Lisboa: «... Vas a hacer aquí *beaucoup de papier*»[8]. Se mostraba entusiasta nuevamente de la belleza de la ciudad; sólo la casa, cara y de mal gusto, que había tomado de su predecesor el conde de Casa Valencia, le desagradaba: «... Hay (en la casa) mucho del gusto de lo que aquí llaman un brasileño, esto es, de un tío portugués enriquecido en el Brasil...»[9].

Pero más tarde, una vez que se había pasado la novedad, a Valera, al echar de menos el ambiente de Madrid, más alegre y tan de acuerdo con su temperamento, se le despertó la vena crítica, y en sus cartas a Menéndez Pelayo, Tamayo y Baus y Narciso Campillo tacha a la sociedad portuguesa de insensible y aburrida[10]. Se confiesa de acuerdo con la afirmación de Tamayo: «No quiero a Portugal si no me le dan despoblado», y añade luego, por su parte: «Soy, con todo, de opinión que Portugal puede sernos útil, pero no sabemos gozar de esta utilidad. Para España debía ser Portugal como para los mozos de Esparta aquel ilota borracho con el aspecto de cuya degradación y extravagancia se retraían ellos de incurrir en la borrachera»[11]. Estos comentarios cáusticos no deben sorprendernos, pues en su correspon-

---

[8] Carta inédita dirigida a su mujer desde Lisboa el 1 de abril de 1881. Las cartas que escribió Valera a su mujer desde Lisboa no han sido publicadas y se encuentran en poder de don Luis Serrat.

[9] Carta a su mujer desde Lisboa el 4 de abril de 1881, no publicada.

[10] Las cartas de Valera a Menéndez Pelayo han sido publicadas en el *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo,* con una introducción de don Miguel Artigas Ferrando y don Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, 1946; las dirigidas a Tamayo y Baus no han sido publicadas y se encuentran en poder de don Luis Serrat; las que escribió Valera a Campillo las publicó J. Domínguez Bordona en sus *Cartas inéditas,* «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», II (1925), 83-109, 237-252; III (1926), 430-462.

[11] *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo,* pág. 91; Lisboa, 19 de julio de 1881.

dencia Valera se mostraba generalmente crítico con liberalidad y trataba casi con la misma dureza a los americanos, belgas, austríacos e incluso a los españoles.

Contribuían a su mal humor las dificultades económicas. A su llegada compuso un presupuesto para el año, que envió a su mujer:

	Rs. Vn.
Casa	44.000
Alquiler de muebles	12.000
Alquiler de coche	30.000
Para tus gastos particulares	30.000
Salario de criados	12.000
Comida	50.000
Vestidos tuyos encargados	12.000
Para gastos particulares míos	20.000

«Sobran todavía unos ocho o diez mil reales del sueldo ordinario... Yo tengo decidida y firme, feroz y ahincada resolución de que no gastes tú ni un ochavo mientras esto dure y de que yo no gaste ni medio ochavo tampoco»[12]. Pero las cosas no salieron de acuerdo con el plan: ni él ni su mujer conocían el significado de la economía. En varias ocasiones se quejó de que su sueldo resultaba insuficiente para permitirle vivir de acuerdo con la posición que le correspondía. Su renta personal, así como la de su mujer y su sueldo, se gastaron totalmente y cuando dejó Lisboa había contraído enormes deudas. Más de una vez expresó su deseo de volver a Cabra, donde gozaría de tiempo libre para escribir y podría vivir dentro de sus disponibilidades.

Valera quedó muy impresionado por la actividad literaria que tenía lugar en Portugal. Según él, la gente leía y estudiaba más que en España y, teniendo en cuenta la diferencia de población, se escribía dos o tres veces más que aquí. Los intelectuales estaban más al tanto de lo que sucedía en el extranjero; pero para el castizo Valera, los portugueses se estaban volviendo amanerados y artificiosos bajo la influencia de las escuelas extranjeras, espe-

[12] Carta inédita a su mujer, fechada en Lisboa el 25 de marzo de 1881. Con referencia a los apuros crematísticos que agobiaron a Valera con excesiva frecuencia por los despilfarros de su esposa constan lances curiosos, de los que R. Olivar Bertrand publicó algunos en su libro *Confidencias del Bachiller de Osuna* (Valencia, Castalia, 1952), págs. 153-154.

cialmente la francesa. Al aceptar la filosofía materialista y positivista entonces en boga, habían traicionado la herencia que les correspondía por nacimiento, que era, en parte, la misma de España. Su orgullo se sentía herido al contemplar cómo imitaban servilmente los modelos franceses, mientras ignoraban virtualmente la literatura española contemporánea. Los peores pecadores eran los poetas, a los que fustigaba por ser «victorhuguetes entecos».

Conoció a los principales escritores portugueses y leyó muchas de sus obras recientes. Proyectó una serie de artículos que habrían de publicarse bajo el título *Literatura portuguesa de ahora.* Como para realizar una obra concienzuda hubiera tenido que leer mucho, decidió apuntar sus impresiones «a la ligera»; pero, como ocurría con harta frecuencia en él, el proyecto no llegó a realizarse. Podemos juzgar, sin embargo, cuáles eran sus opiniones, por medio de comentarios aislados en sus cartas.

Sobresalía su viejo amigo el historiador Latino Coelho, a quien admiraba como escritor, pero encontraba intratable como persona, pues parece que evitaba toda clase de relaciones sociales: «Vive hecho un hurón.» Durante el tiempo que ambos vivieron en Cintra, Valera no consiguió siquiera convencerle para que fuera a comer con él. A Oliveira Martins le recomienda por sus vastos conocimientos, su fecundidad y su talento. A la muerte del poeta Gonçalves Crespo, Valera lo ensalza en carta a Menéndez Pelayo por su elegancia, concisión, vigor y sensibilidad. Le imputa, en cambio, que imita a los franceses de forma demasiado servil, que es excesivamente materialista y no logra identificarse con la tradición y la cultura hispanas. Este juicio sobre Gonçalves Crespo resume la opinión de Valera respecto a los escritores contemporáneos en general.

Guerra Junqueiro y Gomes de Amorim no salieron tan bien parados. En cartas de gran brillantez irónica a Tamayo y Baus, Valera los destroza literalmente:

> El más extremoso en todo lo dicho y también el más celebrado como *genio* de primera magnitud es un señor Guerra Junqueiro, quien, así como Esquilo y Echegaray componen trilogías dramáticas, se ha echado a componer trilogías épicas.
>
> De las tres epopeyas que formarán su trilogía, aún no ha salido más que una, que he leído. Se titula *La muerte de Don Juan.*
>
> Todo ello, calculando y rastreando por lo poco que se puede entender a las claras, va contra los señoritos elegantes que andan por ahí enamorando y seduciendo mujeres, y son una de las mayores rémoras

del progreso humano. El segundo estorbo para progresar es Dios. Por consiguiente, la segunda epopeya de la trilogía, que saldrá dentro de poco, será *La muerte de Dios.* Aún no columbro cuál, en concepto del señor Guerra Junqueiro, será el tercer estorbo; pero tengo vehementes sospechas de que sea el Rey don Luis o Fontes, que es el Cánovas de aquí, si bien lego o romancista.

Justo es presumir, por tanto, que la tercera epopeya de la trilogía habrá de titularse *La muerte de Fontes...* A Guerra Junqueiro le presento como máximum, como *ideal típico* del hierofante portugués del día.

Gomes de Amorim ganó el premio ofrecido en 1881 por la Real Academia Española para el mejor poema portugués dedicado a la memoria de Calderón con su *A glorifiçao de Calderón de la Barca, no segundo centenario da sua morte.* Este poema fue publicado algunos meses después con una traducción anónima en prosa, hecha por Valera, aunque éste tenía serias dudas acerca del mérito de la composición galardonada.

A pesar de su poca ilusión respecto a la literatura portuguesa de la época, Valera deploraba que ésta fuera tan poco conocida en España, ya que al fin y al cabo ambas civilizaciones se hallaban relacionadas estrechamente: «... A los españoles nos conviene hacernos cargo de lo que por aquí pasa. Esto es un pedazo de nuestra península y lo que aquí se escribe es un pedazo de nuestro pensamiento»[13]. El estrechar los lazos culturales tendría que mejorar necesariamente las relaciones diplomáticas. A pesar de sus buenas intenciones, no escribió nunca sobre literatura portuguesa para la prensa española, si bien animó a Menéndez Pelayo a hacerlo repetidas veces e incluso le envió libros sobre los que basar sus estudios. Intervino en la elección de Tomas Ribeiro, Teófilo Braga y Oliveira Martín como miembros correspondientes de la Real Academia. Sus motivos al promover el intercambio cultural entre los dos países no fueron totalmente altruistas: Portugal (y Brasil) podían llegar a ser un mercado importante para las obras españolas, incluyendo, naturalmente, las suyas.

El ministro de Asuntos Exteriores de España, marqués de la Vega de Armijo, si bien admitiendo que el viejo ideal de la unión ibérica iba demasiado lejos, deseaba mejorar las relaciones entre las dos naciones, lo mismo económicas que culturales y diplomáticas, para apartar a Portugal de su excesiva dependencia de

[13] *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo,* pág. 170; Lisboa, 14 de junio de 1883.

Inglaterra[14]. Valera, que estaba, naturalmente, de acuerdo en todo con las ideas de su superior, resultó un instrumento excelente para llevar a buen fin esta política.

Las exigencias de su posición en Lisboa no eran grandes. Más tarde en Washington, donde la situación de Cuba presentaba dificultades, calificaba a su puesto en Lisboa de «canonjía» y «bambolla». Hubo algunas negociaciones sobre tratados comerciales y pesqueros, pero sus obligaciones eran principalmente de carácter social. En enero de 1882 hizo una visita oficial a Portugal el rey Alfonso XII, acompañado de la reina. El único comentario de Valera —agobiado, como siempre, por sus problemas económicos— fue que el Gobierno le concedía mil duros para gastos extraordinarios y que le costaba el triple de dicha suma. La mayor parte de la correspondencia oficial del marqués de la Vega de Armijo con Valera en esta época resulta inconscientemente humorística, ya que se ocupa de la concesión de cruces con motivo de dicha visita; todo el mundo quería una cruz lo más distinguida posible y los políticos no tenían coto. En mayo del año siguiente acompañó a los monarcas portugueses a Madrid, cuando devolvieron la visita de cortesía. Se habló de casar a una de las hijas de Isabel II, Eulalia o Paz, con el heredero de la corona portuguesa, con el fin de cimentar las relaciones entre los dos reinos. En el archivo de la familia Valera se encuentran una serie de cartas escritas por la reina destronada pidiéndole que hiciera todo lo que estuviera en su mano para que se realizara este matrimonio, que, naturalmente, no llegó a efectuarse.

Valera tenía la esperanza de escribir mucho durante esta segunda estancia oficial en Lisboa, en parte para reponer sus vacías arcas, pero hizo muy poco, pues la vida social le llevaba mucho tiempo y le faltaba la serenidad de espíritu necesaria para dedicarse a temas intelectuales. Según decía: «Tal vez el oficio de diplomático le pone a uno más tonto de lo que suele ser en su estado normal y ordinario»[15]. Más tarde sus estancias en Washington y en Viena fueron igualmente estériles. Solía hacer referencia a muchas obras que tenía en el pensamiento, pero pocos de sus proyectos se completaron. Glosó un poema de Coppée, *Confiteor Deo,* reseñó las *Poesías* de Menéndez Pelayo, terminó

---

[14] Unas sesenta y dos cartas oficiales, en su mayor parte notas cortas, escritas durante los años de 1881 a 1883 por el marqués de la Vega de Armijo a Valera, se encuentran en poder de don Luis Serrat.

[15] Carta a Tamayo y Baus, no publicada, desde Lisboa el 1 de mayo de 1881.

su estudio sobre Ventura de la Vega, y empezó *La metafísica a la ligera,* su polémica con Campoamor acerca del *Ideísmo* del último, producción bastante menguada para el prolífero Valera.

En julio de 1883 surgió un desagradable incidente que le obligó a renunciar a su puesto. El Gobierno de Sagasta, deseando promulgar una ley suprimiendo el 10 por 100 sobre los billetes de ferrocarriles, hizo una llamada a todos los senadores liberales para que apoyaran esta medida. Valera, que era al mismo tiempo consejero de ferrocarriles, se vio asediado por su lealtad a los dos intereses en pugna, y acabó absteniéndose. «El Liberal», en una nota aguda y sarcástica, le acusó de embolsar su asignación de viaje para luego no votar. Valera, herido y enfadado, replicó que se había pagado sus viajes, dimitió de su cargo y, respaldado por sus amigos Correa y Albareda, amenazó a Araus, el director de «El Liberal», con un duelo, ante el cual el otro se retractó algo. Valera admitió en cartas a su mujer que había hecho mal en tener dos turrones al mismo tiempo, pues, estando obligado con las dos partes, se había encontrado en un dilema. Temía haber labrado su ruina, pero no fue éste el caso, pues en otoño siguiente fue nombrado ministro en Washington, que fue un auténtico ascenso.

Aunque Valera no había de volver a Portugal, siguió en contacto con sus amigos de Lisboa y con la vida intelectual de allí[16]. En 1892 animó a los escritores portugueses a colaborar en «El Centenario», revista ilustrada, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, de la cual era uno de los redactores, y Oliveira Martins, Teófilo Braga y Pinheiro Chagas, entre otros, atendiendo a su ruego. De cuando en cuando reseñaba algún libro portugués o escribía algún artículo relacionado con su literatura. En 1885 Oliveira Martins publicó la tercera edición de su *Historia de la civilización ibérica,* que le dedicó a Valera. Dos años más tarde Valera escribió para la «Revista de España» tres ensayos, en los que discutía ostensiblemente el libro, si bien pasaba la mayor parte del tiempo discutiendo lo que él consideraba como inmerecida importancia que le daba el autor a la influencia árabe en España. Sin embargo, estaba completa-

[16] Tres cartas escritas por Oliveira Martins a Valera han sido publicadas por J. P. Oliveira Martins en su *Correspondencia,* Lisboa, 1926. Don Luis Serrat tiene los originales de otras dos cartas escritas por Oliveira Martins y tres de Latino Coelho a Valera, además de las copias de diez cartas escritas por Valera a Oliveira Martins. Todas ellas fechadas entre los años 1880 a 1893.

mente de acuerdo con el tema latente en la obra: la unidad de la civilización ibérica[17].

En los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* hay referencia favorable, aunque breve, a Anthero de Quenthal, a quien Valera ensalza por la perfección de su forma y la sinceridad y profundidad de su emoción, a pesar de su ateísmo y pesimismo. Su artículo *Cancionero,* escrito para el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano,* se ocupa principalmente de las primitivas cantigas portuguesas que nuevamente enjuicia con displicencia. En 1890 reseñó brevemente el libro de viajes de Silveira da Mota, *Viagens na Galicia,* y al año siguiente el *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano,* de Domingo García Pérez; pero el artículo más importante referente a Portugal es su reseña de *Portugal contemporáneo,* de Rafael María de Labra, aparecido en 1890. Valera repite aquí ideas expresadas veinte años antes en su artículo *España y Portugal;* a saber, que a pesar de lo partidario que era de la unión de los dos países temía que esto fuera imposible durante muchos años. La parte más interesante del artículo es la que dedica a la literatura portuguesa y que constituye el más completo tratamiento del tema salido de su pluma. Alaba a los poetas románticos Herculano y Garrett por ser más comedidos y serenos que sus sucesores, y vuelve a calificar a Gómez Leal y a Guerra Junqueiro de ser los más extravagantes imitadores de Víctor Hugo. Las demás figuras relevantes de entonces reciben palabras de encomio, entre ellos Latino Coelho, Oliveira Martins, Teófilo Braga y Eça de Queiroz, a quienes considera destacados entre los autores de «novelas de costumbres más o menos naturalistas». Casualmente aquí es donde se encuentra la única mención que hace Valera del más grande novelista portugués. Al reseñar el tercer tomo de *La literatura española en el siglo XIX* (1896), de Blanco García, Valera incitaba al autor a escribir un cuarto volumen dedicado a la literatura portuguesa, conocida apenas entonces en España.

Las observaciones de Valera sobre Portugal y la civilización portuguesa son más interesantes por la luz que arrojan sobre su propio carácter que por lo que nos dicen del país.

En sus diversos ensayos y comentarios nunca estudia en pormenor la literatura, la cultura o la sociedad portuguesas. Las

---

[17] *Obras completas,* XXXVIII, 207-305.

cartas que escribió desde Lisboa, menos interesantes que las fechadas en San Petersburgo, Washington o Viena, son algo decepcionantes. Tal vez la causa de ello sea que los destinatarios estaban ya familiarizados con las cosas portuguesas y pensaba que había poco que contarles, mientras que las otras capitales, nuevas y extrañas para ambas partes, ofrecían mucho material para redactar cartas llenas de interés.

Dotado de un espíritu inquieto y abierto, este escritor cosmopolita sentía curiosidad por los países y civilizaciones extranjeros. Pasó en total más de tres años en Portugal, casi otros dos más en Brasil y conocía bien la lengua y cultura de los dos países. Sin exagerar los méritos de la literatura portuguesa creía que valía la pena interesar al público español por ella. Más aún, opinaba que unas relaciones culturales más estrechas sólo podrían redundar en beneficio de ambas naciones y tal vez en una fecha futura sería así posible la unidad ibérica. Estas ideas moderadas, liberales, generosas y prudentes constituyen un modelo de sabiduría política que contrasta con algunas de las opiniones extremas sustentadas por contemporáneos suyos menos tolerantes.

[*Arbor*, XXXIII, 1956, págs. 398-410. Traducción del inglés de M. Saiz-Calleja.]